

Congreso Mundial
OMAEC
23 de octubre de 2017

Ponencia de Su Eminencia Card. Giuseppe Versaldi
Prefecto de la Congregación para la Educación Católica

Desafíos de la educación católica en una sociedad interreligiosa

Saludo

Es un gran honor para mí y también una profunda alegría expresarles mis cordiales saludos de parte de la Congregación para la Educación Católica y el mío personal a los representantes de la OMAEC en ocasión del 50° aniversario de su fundación.

La voluntad de las ex-alumnas y de los ex-alumnos de las escuelas católicas de reunirse para compartir vuestras experiencias y ofrecer vuestras capacidades al servicio de los jóvenes y de los más vulnerables, puede ser vista – en primer lugar – como un mandato que brota del corazón del Concilio Vaticano II, que precisamente en aquellos años, llamaba a los católicos a renovarse para saber comprender y transformar el mundo, guiados por el mensaje de salvación y de amor de la Revelación cristiana.

Introducción

Esta importante recurrencia de vuestra Organización es un estímulo a mirar hacia adelante con confianza, siendo conscientes que – también entre dificultades e impedimentos – vuestra misión ha sido y continua siendo una fuente de riqueza para la Iglesia.

Durante vuestros estudios en las instituciones escolásticas católicas, la enseñanza y la formación no han sido jamás separadas de una *visión integral de la realidad*, que supiese ver más allá de la magnificencia de la competición individualista, del primado de las competencias técnicas y la prevalencia del criterio de lo útil como medida de todas las elecciones. Todos estos aspectos – profundamente contradictorios y contrarios al espíritu mismo de la educación – han tenido como consecuencia una reducción de los vínculos solidarios, la exaltación de la eficiencia y de la optimización, además del éxito a cualquier precio, sin ninguna consideración de los aspectos éticos y deontológicos.

Se muestra de manera evidente que la educación ha sido desafiada en sus valores más profundos y, en no pocas ocasiones, vaciada de su vocación misma. Gracias a vuestro empeño y ejemplo, la *riqueza recibida* permite hoy poner

constantemente el acento sobre el primado de la persona, sobre el valor de la comunidad, sobre la búsqueda del bien común, sobre el cuidado de la fragilidad y sobre la preocupación por los últimos.

De frente a una sociedad extremadamente fragmentada, individualista y árida, *la misión educativa* continúa siendo la formación integral de la persona. Una atención equilibrada debe estar puesta no sólo en las dimensiones cognoscitivas, emotivas, sociales, profesionales, sino también y sobre todo en aquellas éticas y espirituales. La experiencia de aprender debe caracterizarse entonces por la riqueza de las oportunidades ofrecidas a los jóvenes, para hacer crecer y desarrollar las propias capacidades y los propios talentos en un clima de cooperación y de solidaridad. Comprender al otro es, en el fondo, el primer paso para comprenderse a sí mismo.

La educación católica se ha distinguido siempre como un testimonio vivo – valiente y perseverante – en contextos algunas veces muy difíciles, en donde el mensaje evangélico ha debido convivir con formas cada vez más marcadas de secularismo, relativismo y fundamentalismo. Estas dificultades han significado un impulso para encontrar nuevos modelos y caminos alternativos, que – gracias a vuestra sólida educación, al conocimiento del mundo y a vuestra solidaridad – podéis hacer posibles y siempre más difundidos, poniéndoos al servicio de vuestras comunidades originarias o de adopción.

De este modo, estáis llamados a testimoniar *la pasión educativa* de una Iglesia misionera, que – también a través de vuestro aporte – ha querido renovar y actualizar – como dice la Declaración conciliar *Gravissimum educationis* – el “mandato recibido de su divino Fundador, que es aquel de anunciar el misterio de la salvación a todos los hombres, y de edificar todo en Cristo, [y] tiene el deber de ocuparse de la entera vida del hombre, también de aquella terrena, en cuanto está vinculada a la vocación sobrenatural; por lo cual ella tiene un objetivo específico en orden al progreso y al desarrollo de la educación.”¹

Por estos motivos la Iglesia les está profundamente agradecida, y les deseo que esta vitalidad vuestra no pierda su vivacidad inicial y seáis capaces de interactuar positivamente con los cambios epocales que enfrentamos, y estéis prontos a responder a los nuevos desafíos con esperanza y optimismo.

Quisiera detenerme – en ocasión de este encuentro – sobre algunos temas que considero significativos para comprender nuestro común empeño en la promoción de la educación. Después de presentar una mirada general sobre la situación contemporánea, esta reflexión se encaminará sobre 4 puntos centrales: la identidad, el

¹ CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Dichiarazione sull'Educazione Cristiana *Gravissimum educationis* (28 ottobre 1965), Proemio.

diálogo, el servicio y la necesidad de *educar juntos*, concluyendo con algunos propósitos y auspicios.

Una mirada general

La presencia simultánea de culturas diversas es un dato característico de la sociedad contemporánea. En la era global este proceso está en continuo desarrollo también a causa de los crecientes flujos migratorios y de la influencia disruptiva de la así llamada “sociedad de la información”. Todo esto contribuye a alimentar y a entretejer un tejido social en constante cambio, con escenarios tan nuevos y desafíos bien visibles para la educación misma. Si de un lado se presentan perspectivas culturales inexploradas con toda la riqueza de un patrimonio histórico, artístico y espiritual para descubrir sin prejuicios; del otro – no raramente – la difícil convivencia entre las culturas desemboca en formas conflictivas donde una cierta “extremización” de la percepción del otro hace surgir un sentimiento de amenaza a las propias costumbres y a los tradicionales estilos de vida.

El espacio global, en algunos casos, reduce la capacidad del sujeto a medirse con una realidad que asume cada vez más características incomprensibles, fluidas y masificantes, con el consiguiente riesgo del progresivo extinguirse de las identidades culturales. Es propio de la naturaleza de la educación la capacidad de construir las bases para un diálogo pacífico y permitir el encuentro entre las diversidades, con el objetivo primario de edificar un mundo mejor. Una de las emergencias es – no por casualidad – la formación de personas autónomas y responsables.

De frente a tal situación, parece necesaria la propuesta de un “universalismo crítico” que sepa unir los valores comunes, la cohesión social y la identidad con la capacidad de vivir la autonomía y la responsabilidad en un mundo en el cual la diversidad es la norma primaria. Se trata de un proyecto de *inclusión integral* que va más allá de los riesgos – ciertamente presentes – de homogeneización o de un repliegue “localista” o fundamentalista.

Es necesario, en primer lugar, recordar – sobre todo en una cultura secularizada como la nuestra – que “el hombre no está limitado al sólo horizonte temporal, sino que, viviendo en la historia humana, conserva integralmente su vocación eterna.”² Durante el discurso realizado a los participantes del Congreso Mundial “Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva” el Santo Padre subrayaba que “la crisis más grande de la educación, desde la perspectiva cristiana, es este cerrarse a la

² CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Costituzione pastorale *Gaudium et spes* sulla Chiesa nel mondo contemporaneo (28 ottobre 1965), 76.

trascendencia. [...] Educar humanamente pero con horizontes abiertos. Toda forma de encierro no sirve para la educación”³.

Entonces, agrega el Papa Francisco, “educar cristianamente es impulsar a los jóvenes y a los niños en los valores humanos en toda la realidad, y una de ellas es la trascendencia”⁴. Se trata de una dimensión irrenunciable en el itinerario formativo de una persona. Aquí es transparente la propuesta de una *síntesis unitaria*, que está en la base de una *tranquillitas animi* necesaria para comprender realmente el “sentido profundo de la existencia que supere lo contingente.”⁵

De este modo – se lee en la encíclica *Laudato Si* – se logran “reducir las necesidades insatisfechas, y así disminuyen el cansancio y el ansia. Se puede tener necesidad de poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de dar espacio a otros placeres, y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el hacer fructificar los propios dones, en la música, en el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración.”⁶

La via maestra de la identidad

Este pasaje – tan denso y puntual a la vez – nos hace dirigir la mirada hacia la *via maestra de la identidad*. Juan Pablo II advertía en un célebre discurso a los jóvenes de Casablanca que “el hombre tiene necesidad de desarrollar su espíritu y su consciencia. Es esto lo que frecuentemente le falta al hombre de hoy. El olvido de los valores y la crisis de identidad que nuestro mundo atraviesa, nos obligan a superarnos en un renovado esfuerzo de búsquedas y de preguntas. La luz interior, que nacerá entonces en nuestra consciencia, permitirá dar sentido al desarrollo, orientarlo hacia el bien del hombre, de cada hombre y de todos los hombres, según el plan de Dios.”⁷

El corazón de la educación católica es el proyecto educativo basado sobre un fundamento antropológico que se inspira en el Evangelio, que tiene como fundamento la persona de Jesucristo, y que se ofrece a todos. La escuela católica, de todo orden y grado, participa en la misión general de la Iglesia que es aquella de evangelizar a todas las personas, pero lo hace según su modo específico, integrándose con las otras formas eclesiales. De esta identidad emergen los fragmentos de

³ PAPA FRANCESCO, *Discorso ai partecipanti al Congresso mondiale su “Educare oggi e domani. Una passione che si rinnova” promosso dalla Congregazione per l’Educazione Cattolica*, 21 novembre 2015.

⁴ PAPA FRANCESCO, *Discorso ai partecipanti al Congresso mondiale su “Educare oggi e domani. Una passione che si rinnova” promosso dalla Congregazione per l’Educazione Cattolica*, 21 novembre 2015.

⁵ BENEDETTO XVI, *Udienza generale*, 17 ottobre 2012.

⁶ PAPA FRANCESCO, *Lettera Enciclica Laudato Si’* (24 maggio 2015), n. 223.

⁷ GIOVANNI PAOLO II, *Ai giovani musulmani a Casablanca, in Marocco*, 19 agosto 1985: *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VIII, 2 (1985) 505.

originalidad de una institución educativa que se estructura en explícita referencia a la fe.

Si no existiera este reclamo constante, la escuela católica perdería su identidad característica y su misma razón de ser, “le faltaría [en el fondo] la fuente misma de inspiración, le faltaría su eje central, le faltaría aquel elemento específico que la define y la particulariza en medio de las otras estructuras organizativas y didácticas u otros centros de promoción cultural”⁸. Precisamente en este ambiente se ayuda al joven a desarrollar su inteligencia en atención al mundo en el cual vive, para caminar sobre la vía de la salvación hasta su fin último, que está más allá de este mundo.

Aquí se transparenta la importancia del ambiente relacional y de la calidad de las relaciones. En efecto “en el transcurso de la edad evolutiva son necesarias relaciones personales con educadores significativos, y los mismos conocimientos tienen una mayor incidencia en la formación si fueron dados en un contexto que involucra personalmente, de reciprocidad auténtica, de coherencia de actitudes, de formas y de comportamientos cotidianos”⁹. Se trata, en efecto, de un viaje que – a través de los senderos de la historia individual y colectiva – lleva a descubrir aquella *fuentes de luz* en la profundidad de nuestra vida interior, tantas veces oscurecida por las ocupaciones cotidianas y los ritmos deshumanizantes. Estas dificultades se extienden, por desgracia, a las relaciones humanas y familiares, las cuales sufren hoy – lamentablemente – de tantos males.

La sabia y prudente búsqueda de soluciones atenta a favorecer la promoción integral de la persona y de la sociedad pertenece a la naturaleza misma de la identidad cristiana. Ella se nutre de la búsqueda de la Verdad, que va más allá de todo reduccionismo o negación nihilista. El aporte de todas las instituciones educativas es –entonces – insustituible en una sociedad diferenciada, donde son necesarias competencias de carácter universal. La escuela católica no debe ser dejada sola. Junto a Vosotros y a todas las otras agencias educativas, ella tiene la responsabilidad de promover la tradición, la identidad y el sentido de pertenencia.

A pesar de las diferentes religiones y tradiciones, la Iglesia parte precisamente del presupuesto de la aceptación de la común naturaleza humana, evitando por una parte, acomodarse en un sincretismo pasivo, y por la otra, permaneciendo siempre firme en su propia identidad. En cada cultura y tradición encontramos valores fuertes sobre los cuales se establecen los procesos formativos de las jóvenes generaciones. Como ha confirmado el Cardenal Pietro Parolin al Forum ante la UNESCO en el septuagésimo aniversario de aquel Organismo Internacional: “Aceptar las diferencias relativas a cada cultura no significa negar la existencia de valores objetivos y

⁸ GIOVANNI PAOLO II, *Discorso alla Federazione Istituti di Attività Educative- FIDAE*, 29 dicembre 1978.

⁹ CONGREGAZIONE PER L'EDUCAZIONE CATTOLICA, *La scuola cattolica alle soglie del terzo millennio*, n. 18.

principios comunes a la misma naturaleza humana, sin los cuales se nos ha llevado al relativismo cultural que olvida voluntariamente toda pregunta última sobre la verdad y abre las puertas al olvido de la memoria, al nihilismo y al radicalismo”¹⁰.

Entonces, es en la naturaleza de la persona, en sus exigencias de crecimiento y de realización, en sus distintas dimensiones (social, relacional, religiosa, etc.) que se encuentran los elementos comunes sobre los cuales colaborar para una sana educación. Ésta, sin embargo, se alcanza de manera plena si se forman a las personas en una consciencia crítica, en una capacidad de juicio o en un protagonismo dinámico, evitando una educación que los “tranquilice” o los transforme en seres domesticados e inofensivos.

Una educación libre y responsable presupone el ejercicio del análisis crítico así como la renuncia a las ideologías, y la elección de caminos diversos de aquellos de la radicalización. Para aprender a vivir en una sociedad compleja – donde conviven diversas opciones sobre el plano moral, religioso, cultural y económico – no se trata de “politizar” la realidad, sino de ayudar a las jóvenes generaciones a comprender la vida en sentido amplio, adquiriendo – fuertes en la propia identidad – ya sea un espíritu crítico, ya sea la disponibilidad a la cooperación, al intercambio y a la discusión. Por este motivo, se debe también invertir en aquellos conocimientos y habilidades que permiten el desarrollo de capacidades argumentativas, así como la efectiva participación en los procesos sociales.

En esencia, un proyecto pedagógico de *formación integral* – en un contexto multiétnico y multireligioso – debe tender a crear un equilibrio entre las adquisiciones de la educación intercultural como hasta hoy ha sido comprendida (es decir, la capacidad de conocer y apreciar las diferencias) y la preocupación de orientarla no a la defensa de los “particularismos”, sino a la convergencia social y a la aceptación de una propuesta de compartir. Se trata, en el fondo, de reconocer y aceptar el pluralismo cultural, contribuir a instaurar una sociedad justa fundada sobre la igualdad de derechos, así como contribuir a establecer relaciones interétnicas e interreligiosas respetuosas y armoniosas.

La Iglesia habla a todos los hombres con una propia “concepción de la persona humana y de su valor único”¹¹. Ella destaca que la persona no existe solamente como ser físico: es cuerpo y materia, pero también conocimiento, amor, espiritualidad, proyecto y trascendencia. Es capaz de reconocer a sus semejantes – comprendiéndolos también en el sufrimiento y el malestar; es capaz de empeñarse por los otros. De esta manera, se vuelven personas maduras y en grado de

¹⁰ P. PAROLIN, “La Chiesa Cattolica e l’educazione. Discorso all’UNESCO”, *L’Osservatore Romano*, 4 giugno 2015, pp. 4-5.

¹¹ GIOVANNI PAOLO II, Lettera enciclica *Centesimus annus*, n. 11.

comprometerse por una humanidad en la cual se vive cotidianamente la experiencia de la comunión y del amor, así como la dimensión trascendente del ser y del obrar.

La via maestra del diálogo

Aquí aparece, entonces, como fundamental la *via del diálogo* cual única posibilidad para una transformación positiva de las inquietudes y de las incomprensiones, en un recurso para el desarrollo de una civilidad más rica, abierta y humana. En efecto, se ha amargamente notado – de manera especial en el último decenio – que un cierto relativismo implícito en el acercamiento intercultural, aún declarando el respeto por las diversidades, conlleva el riesgo de considerar a las culturas de modo estático, dejándolas aisladas e impermeables las unas de las otras.

Tampoco un programa educativo que tenga en el centro solamente el concepto de diferencia llegaría a un verdadero diálogo intercultural e interreligioso si junto a él no se uniera la búsqueda de integración. La configuración relativista en la escuela, centrada sobre las diferencias, no sólo empuja al enseñante a fragmentar la curricula, sino que sobre todo le impide establecer un diálogo entre personas pertenecientes a culturas vivas, y en cuanto tales, susceptibles de cambios, de intercambios y de transformaciones.

Fundamental es, entonces, el ejercicio de la escucha: “ésta no es solamente una condición necesaria en un proceso de recíproca comprensión y de pacífica convivencia, sino que es también un deber pedagógico a fin de ser «capaces de reconocer los valores de los otros, de comprender las preocupaciones subyacentes a sus pedidos y de hacer emerger las convicciones comunes» (*Evangelii gaudium*, 253)”¹².

En el compartir de una *cultura de la fraternidad y de la paz*, como ha sido ya claramente indicado en el proemio de la Declaración conciliar *Gravissimum educationis*, es nuestro deber poner en marcha un verdadero proceso de respeto recíproco a pesar de las múltiples tensiones presentes en nuestra sociedad. Se vuelve necesaria, entonces, la formación de hombres y mujeres capaces de reconciliación, capaces de construir un tejido social marcado por el encuentro y la solidaridad.

Como se afirma textualmente en el documento “Educar al diálogo intercultural en la escuela católica” (2013), “el diálogo con personas y comunidades de otras religiones esta motivado por el hecho de que somos todos creaturas de Dios, que Dios actúa en cada persona humana, la cual, a través del diálogo, encuentra razones en la búsqueda del patrimonio de los valores éticos comunes, presentes en las diversas

¹² PAPA FRANCESCO, *Discorso ai partecipanti all'incontro promosso dal Pontificio Istituto di Studi Arabi e di Islamistica*, 24 gennaio 2015.

tradiciones religiosas, a fin de contribuir como creyentes a la afirmación del bien común, de la justicia y de la paz.”¹³

El servicio y la inclusión

Es necesario, entonces, repensar la parábola educativa y, más en general, los “saberes” en términos de *alteridad, de inclusión y de servicio*. A través de la introducción de nuevos modelos formales e informales, estamos invitados a ir más allá de una simple organización metodológica y a actuar una verdadera y propia “refundación antropológica”, que se extienda a la globalidad del evento educativo, al interno de un ambiente en el cual se manifieste una renovada visión de los vínculos interpersonales.

En cada proceso formativo se debe, entonces, dar espacio a *una antropología de la reciprocidad*, que antes de constituirse como hecho cultural pueda concretizarse en la práctica cotidiana como dimensión misma de la inclusión. A través de un compartir afectivo, cognitivo y social se llega – gradualmente – al descubrimiento de la alteridad cual nudo central, ya sea del conocimiento, ya sea de la orientación hacia los valores y hacia la acción.

Desde el punto de vista pedagógico, esta elección de fondo representa la conmoción de la óptica convalidada, con la cual frecuentemente la sociedad se inclina en la interpretación de los hechos, de las personas y de las culturas, para dar concretamente espacio a caminos de conocimiento y de experiencia respetuosos de la pluralidad de los sujetos y de los grupos. El encuentro con la diversidad, entonces, debería representar la normalidad al interno de la experiencia cotidiana en la cual cada uno a su manera, con sus propias características, es “otro” del otro, es decir distinto y, al mismo tiempo, propenso a “hacerse uno” con él.

Partir de esta perspectiva significa, entonces, asignar a la dimensión de la diversidad la misma importancia que justamente se da a aquella de la identidad, punto de referencia irrenunciable para el desarrollo de sí mismo, pero insuficiente si ello no está considerado en la línea inclusiva de la apertura y del encuentro con la pluralidad. Sólo de esta manera, refundando *una pedagogía de la proximidad y del servicio*, se ayudará a superar el miedo o la desconfianza de cara a la diversidad y a desarrollar actitudes de encuentro, de búsqueda y de aceptación.

La educación debe permitir a toda persona sentirse activamente partícipe en la construcción de una nueva sociedad, a partir de un cuadro de instancias éticas y normativas compartidas. En esta óptica, el proceso de inclusión avanza hasta extenderse a la entera familia humana. ¿Qué significa esto? En primer lugar, es necesario que el proceso inclusivo cumplido en el presente esté en grado de influir

¹³ CONGREGAZIONE PER L'EDUCAZIONE CATTOLICA, *Educare al dialogo interculturale nella scuola cattolica. Vivere insieme per una civiltà dell'amore*, Città del Vaticano 2013, p. 12.

sobre los estilos de vida y sobre la misma existencia de los ciudadanos de las futuras generaciones. Se trata de construir el bien común, sin ignorar las futuras generaciones. Esto exige una educación basada sobre una *ecología integral* y, en consecuencia, sobre una ética intergeneracional¹⁴. Pero una verdadera inclusión debe cumplir también el posterior paso de entrar en un vínculo proactivo de solidaridad y servicio a las propias comunidades locales, favoreciendo la convivencia pacífica y una responsabilidad activa.

Para tener – entonces – un sólido fundamento sobre el cual poner en marcha serios itinerarios educativos, es necesario en primer lugar recuperar la dimensión humanística de los saberes y de los conocimientos, ampliando la razón a la sabiduría filosófica y a la luz de la fe, pero en particular es auspicioso entrar en una dimensión donde la razón incluye al amor. En otras palabras, se trata de pasar del monólogo frío del hombre moderno al calor del servicio, puesto que la persona humana no se realiza si no en la verdad y en el amor. En tal sentido, la educación alcanza plenamente su fin cuando junto a la mente involucra el corazón y las manos, educando razón, sentimientos y vida, cuando promueve la dimensión comunitaria, la cultura del encuentro, la maravilla del diálogo y la creatividad del sujeto.

En la escuela católica se promueve aquel encuentro fecundo entre fe y razón que son – como decía San Juan Pablo II (segundo) – “como las alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad.”¹⁵ La una sin la otra produciría una nefasta separación puesto que “la razón, privada del aporte de la Revelación, ha recorrido senderos laterales que corren el riesgo de hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha resaltado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de no ser más una propuesta universal.”¹⁶

Educar juntos: una responsabilidad común

Otro desafío – actual – de la educación es el redescubrimiento de su *naturaleza comunal*. No podemos abandonar la escuela: todos estamos llamados a trabajar juntos, a trabajar en comunión.

En la tradición pedagógica cristiana el ambiente ha sido siempre visto como formativo en sí mismo. Tal concepción se expresa en la categoría más vasta y más rica de la escuela entendida como *comunidad educativa*, constituida por el encuentro y por la colaboración de diversas presencias: alumnos, padres, abuelos, profesores, directivos, personas consagradas, personal no docente. Una comunidad que se

¹⁴ Cfr CONGREGAZIONE PER L'EDUCAZIONE CATTOLICA, *Educare all'umanesimo solidale. Per costruire una "società dell'amore" a 50 anni dalla Populorum progressio*, Tipografia Vaticana, Città del Vaticano 2017, n. 21.

¹⁵ GIOVANNI PAOLO II, Lettera Enciclica *Fides et Ratio* (14 settembre 1998), Proemio

¹⁶ GIOVANNI PAOLO II, Lettera Enciclica *Fides et Ratio* (14 settembre 1998), n. 48.

caracteriza “como un ambiente penetrado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad”¹⁷.

Esta comunidad viva no es “un conjunto indiferenciado de semejantes e idénticos, sino la reunión de personas diversas y distintas que se han reunido entorno a un horizonte compartido. Aquello que hace auténtica a la comunidad no es la uniformidad, sino la misión. En consecuencia, la comunidad no es espontánea; al contrario, procede de una voluntad y del trabajo de cada momento. Porque está abierta a todos y porque está basada sobre el esfuerzo de todos, reclama una clara visión de los fundamentos y de los objetivos del proyecto educativo al cual se participa”¹⁸.

Un ambiente escolástico estructurado de esta manera forma profundamente a todos los actores involucrados en el proyecto educativo, hace vivir los valores propuestos incidiendo en los comportamientos y en los acercamientos a la realidad, tanto que muchos de ellos, a distancia de tantos años, recuerdan con gratitud los beneficios recibidos. Desde esta óptica, se comprende que la educación es – en el fondo – “una cuestión de amor, por lo cual la crisis de la educación es expresión de la crisis del amor, del verdadero amor. Cuidar, en efecto, exige atención, escucha, diálogo, capacidad de ponerse en el lugar del otro, dedicación y sacrificio, renuncia al propio egoísmo y superación de las propias debilidades, también distanciarse de sí mismo para ser capaz de aceptar el error, y el distanciamiento del educando”¹⁹.

Por estas razones la función del educador se constituye como una misión y una vocación “*maravillosa* [porque] colaborando con los padres en el desempeño de su tarea y haciendo las veces de la comunidad humana, [los docentes] asumen el deber de educar en las escuelas. Una vocación tal exige dotes especiales de inteligencia y de corazón, una cuidadosa preparación, una capacidad pronta y constante de renovación y de adaptación”²⁰. Su misión tiene un altísimo espesor moral: es una actividad que está entre las más altas y creativas del hombre.

Los docentes, junto con todos los educadores, están llamados a dar un *testimonio de vida*, ocupando “un lugar de particular importancia la preeminencia que la conducta tiene siempre sobre la palabra. Cuanto el educador más vive el modelo de hombre que presenta como ideal, tanto más será creíble e imitable, para que el

¹⁷ CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Dichiarazione sull'Educazione Cristiana *Gravissimum educationis* (28 ottobre 1965), n. 5.

¹⁸ P. BALMAND, “Projet de formation et communauté éducative: un témoignage de cohérence et de communion”, *Educatio Catholica*, 3/4-2015, p. 138 (Traduzione nostra).

¹⁹ Y. REUNGOAT, “Identità e missione dell'educazione cattolica”, *Educatio Catholica*, 3/4-2015, p. 122.

²⁰ CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Dichiarazione sull'Educazione Cristiana *Gravissimum educationis* (28 ottobre 1965), n. 5.

alumno pueda contemplarlo como razonable y como digno de ser vivido, cercano y realizable.”²¹. El educador no escribe sobre una materia inerte, sino en el espíritu mismo de los hombres²² y, por tal razón, es importante que conserve la máxima conciencia de la importancia, riqueza y responsabilidad de una vocación tal, con la conciencia que tal empeño incide profundamente en la construcción y en la renovación de la ciudad terrena²³.

No debe – después – pasar inadvertido el rol delicado y central del director escolástico, el cual es y debe ser – por antonomasia – una *persona del diálogo* con el educando, con los educadores, con todo el personal no docente y con las realidades territoriales y parroquiales. Su rol puede ser visto como un caleidoscopio de las diferencias en la unidad. De hecho no es simple. Su trabajo – complejo y fatigoso – es fruto de una colaboración con las familias y con la entera comunidad educativa en una comunión de intentos e ideales.

La armonía con las familias debe ser por esto promovida y potenciada, porque ella no tiene por objeto solamente las cuestiones escolásticas, sino que tiende sobre todo a la realización de la formación integral de cada alumno. Sin el apoyo activo de las familias, la escuela no puede ser una auténtica comunidad educante, pero la familia – más que nunca – tiene necesidad de ser sostenida con “el coraje de la paciencia, de la aceptación, del perdón recíproco, de la reconciliación y también del sacrificio.”²⁴ No raramente, en nuestras instituciones se presentan muchas situaciones de disgusto y de dolor que van a tocar la sensibilidad y el crecimiento de tantos niños y adolescentes. Por desgracia – también a causa de estos factores – “se ha abierto una fractura entre la familia y la sociedad, entre la familia y la escuela, hoy el pacto educativo se ha roto; y así, la alianza educativa de la sociedad con la familia ha entrado en crisis.”²⁵

Si bien parece una tarea ardua, las organizaciones como la vuestra están llamadas – por su patrimonio de experiencias y humanidad – a colaborar en el sanar aquellas grietas y en el cerrar las heridas. Es una acción paciente y, a veces, titánica, pero que ciertamente dará frutos inesperados. ¡No podemos dejar solas a las familias!

²¹ CONGREGAZIONE PER L'EDUCAZIONE CATTOLICA, *Il laico cattolico testimone della fede nella scuola*, n. 32.

²² Cfr CONGREGAZIONE PER L'EDUCAZIONE CATTOLICA, *La scuola cattolica alle soglie del terzo millennio*, n. 19.

²³ Cfr CONGREGAZIONE PER L'EDUCAZIONE CATTOLICA, *Il laico cattolico testimone della fede nella scuola*, n. 37.

²⁴ PAPA FRANCESCO, Lettera enciclica *Amoris laetitia* (19 marzo 2016), n. 41.

²⁵ PAPA FRANCESCO, *Catechesi* (20 maggio 2015): *L'Osservatore Romano*, 21 maggio 2015, p. 8.

“Las comunidades cristianas [en efecto – afirma el Santo Padre –] están llamadas a ofrecer un sostenimiento a la misión educativa de las familias.”²⁶

La OMAEC puede ser una plataforma ideal para realizar una acción compartida entre todos los actores de la educación, sabiendo poner las bases para un diálogo constructivo entre las exigencias de los directivos escolares, de los docentes, de los alumnos y de los padres. ¡No debemos y no podemos dejarlos solos! La escuela católica se confía especialmente a Vosotros para esta tarea de sostenimiento, acompañamiento y mediación. Vuestra historia los vuelve adecuados para desempeñar este rol de fundamental auxilio a las actividades didácticas y formativas, partiendo de la certeza que la visión cristiana del hombre ofrece un “plus” antropológico: un personalismo comunitario que subraya la naturaleza social del hombre mismo. La comunidad educativa es, entonces, el lugar privilegiado para una apertura al *humanismo solidario* donde los jóvenes puedan madurar su libertad como una relación entre responsabilidad y solidaridad²⁷.

Conclusiones

Como conclusión de mi ponencia deseo subrayar que la dimensión misma de interdependencia y de interculturalidad pertenece al patrimonio de la Iglesia y se manifiesta en la historia como diálogo con el mundo, en la prospectiva no sólo de reconocer y valorar las diferencias, sino de contribuir a la construcción de una civilización fundada sobre el amor.

De frente al individualismo, al narcisismo y a la validación consumista a que lleva nuestra sociedad, la escuela católica es desafiada en su manifestarse con una verdadera *comunidad de vida*, donde la red compleja de las relaciones interpersonales entre los diversos sujetos encuentre el fundamento en el amor a la Verdad, en la búsqueda de comunión y armonía sobre todo en los momentos difíciles del proceso formativo.

Es necesario acompañar a las personas y a las comunidades cristianas a desarrollar además una *pedagogía de comunión*, estructurada principalmente a través de la escucha, el diálogo, la cooperación, la búsqueda de valores comunes y el compartir de los objetivos para la promoción del bien común y de la convivencia pacífica. El aporte de las ex-alumnas y de los ex-alumnos de la educación católica ha sido y puede ser aún muy importante.

Para una escuela que se enraíza en la tradición del Evangelio, además, parece prioritario el deber de educar en los valores fundamentales y en la libertad al respeto

²⁶ PAPA FRANCESCO, *Catechesi* (9 settembre 2015): *L'Osservatore Romano*, 10 settembre 2015, p. 8.

²⁷ Cfr. CONGREGAZIONE PER L'EDUCAZIONE CATTOLICA, *Educare all'umanesimo solidale. Per costruire una "società dell'amore" a 50 anni dalla Populorum progressio*, Tipografia Vaticana, Città del Vaticano 2017.

de las diferencias. Este principio – ya señalado en la *Gravissimum educationis* – corresponde a la visión cristiana de la naturaleza común a todos los hombres, la cual es respetuosa de las peculiaridades individuales y culturales que caracterizan la realidad y la historia de los pueblos. Tal respeto, sin embargo, se direcciona a un fin común que es aquel de una fraterna convivencia con los otros pueblos, a fin de garantizar la verdadera unidad y la verdadera paz sobre la tierra.

“La verdadera educación debe [en efecto] – dice la *Gravissimum educationis* – promover la formación de la persona humana, ya sea en vistas de su fin último, ya sea por el bien de las distintas sociedades, de las cuales el hombre es miembro y en las cuales, volviéndose adulto, tendrá tareas que realizar.”²⁸ Esta invitación de los Padres conciliares es todavía muy actual y está dirigida particularmente a quienes – como Vosotros – desempeñan roles de responsabilidad a nivel local, nacional e internacional.

En el agradecer a todos vosotros que representáis la OMAEC por vuestra atención, con profunda convicción os auguro el estar prontos a comprender los desafíos de los tiempos. sin perder la confianza y buscando soluciones adecuadas a través de la *mediación en la comunión*²⁹. ¡Nunca como hoy – indica Papa Francesco – es urgente “la tarea de educar y acompañar a las nuevas generaciones a aprender los valores humanos y cultivar una visión evangélica de la vida y de la historia! Este [...] es sin más uno de los horizontes de la misión evangelizadora de la Iglesia, hacia los cuales toda la comunidad cristiana está invitada a salir.”³⁰ ¡Continuad, por esto, sin temores en vuestro preciosísimo trabajo!

²⁸ CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, Dichiarazione sull'Educazione Cristiana *Gravissimum educationis* (28 ottobre 1965), n. 1.

²⁹ Cfr PAPA FRANCESCO, *Discorso ai rappresentanti pontifici*, 21 giugno 2013.

³⁰ PAPA FRANCESCO, *Discorso ai partecipanti al Capitolo Generale dei Missionari del Sacro Cuore*, 16 settembre 2017.